Arte de los siglos XIV al XVII
Del ocaso al amanecer:
una breve historia

Liliana Checa • Sergio Dextre • Luis Villacorta

Arte de los siglos XIV al XVII
Del ocaso al amanecer:
una breve historia

Liliana Checa • Sergio Dextre • Luis Villacorta

Lima, abril de 2007

Autores: Liliana Checa, Sergio Dextre y Luis Villacorta
© Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

Primera edición: abril de 2007

Cubierta : Jaime Higa
Corrección de estilo : Liliana Checa
Diseño de cubierta y diagramación : Taller Cuatro

© Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas SAC
Av. Alonso de Molina 1611, Lima 33, Perú
Telef. 313-3333
<http://www.upc.edu.pe>

Digitalizado y Distribuido por YoPublico S.A.C.

www.yopublico.net
Telf: 51-1-221 9998
Dirección: Av. 2 de Mayo 534 Of. 304, Miraflores
Lima-Perú

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Centro de Información

Liliana Checa, Sergio Dextre y Luis Villacorta
Arte de los siglos XIV al XVII
Del ocaso al amanecer: una breve historia

Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2015
ISBN de la versión impresa: 978-997-2228-95-7
ISBN de la versión PDF: 978-612-4041-58-7
ISBN de la versión e-Pub: 978-612-4191-94-7

HISTORIA DEL ARTE, ARQUITECTURA, ARTE RENACENTISTA,
ARTE MEDIEVAL, ARTE BARROCO
709.024 CHEC

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El contenido de este libro es responsabilidad de los autores y no refleja necesariamente la opinión de los editores.

Esta obra se publicó por primera vez en versión impresa, en abril de 2007

Encuentro de Botticelli y Hokusai
Acrílico sobre tela
1.5 x 2 m
2000

La Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
agradece a Jaime Higa la cesión de su cuadro
reproducido en la cubierta.

*A nuestros padres, a nuestras hijas, a nuestros alumnos de la UPC
sin los que este libro no hubiera sido posible.*

*Agradecemos a Úrsula Freundt-Thurne y Claudia Guillén por la fe
que siempre tuvieron en este proyecto.*

A Miguel Cruchaga por su aliento y apoyo en la concreción de esta ilusión.

A nuestros padres por su tácita participación en esta etapa de nuestras vidas.

A nuestros alumnos de la Facultad de Arquitectura que hicieron posible esta realidad,

en especial a Benedetta Sangalli, Roxanne Levy, Janine Schneider,

Natalija Boljsakov, Martín Dulanto, Max Moya y Boro Fleischman

por su capacidad de entrega, compromiso y participación en este libro.

*A Marino y Valeria Costa y a Fernando y Lila de Szyzłó
por su paciencia en leer los borradores y hacer incontables sugerencias.*

*“Pulchritudo splendor veritatis”.
La belleza es el resplandor de la verdad.*

Atribuido a Platón

ÍNDICE

Prólogo	17
Miguel Cruchaga	
Autores	19
 CAPÍTULO I	 21
Italia a fines de la Edad Media: los siglos XIII y XIV	
1.1 Contexto histórico: Italia central	
1.2 Transición del medioevo al Renacimiento: impacto de las órdenes mendicantes	
1.3 Florencia, ciudad de artistas	
1.3.1 Antecedentes: Florencia en el siglo XIV	
1.3.2 Tendencias artísticas en Florencia en el siglo XIV	
1.3.3 La técnica del fresco	
1.3.4 Dos artistas fundamentales: Cimabue y Giotto	
1.3.4.1 Cimabue	
1.3.4.2 Giotto	
1.3.5 Una obra maestra fuera de Florencia: la Capilla Scrovegni en Padua	
1.4 Siena: expresión y entusiasmo de una ciudad en el medioevo	
1.5 La arquitectura medieval en Italia	
1.6 Comentario crítico: La visión del Infierno a finales del medioevo	
 CAPÍTULO II	 49
El Quattrocento	
2.1 Contexto histórico y cultural: Florencia y la familia Medici	
2.1.1 El Quattrocento y los artistas	
2.2 La escultura en Florencia en el siglo XV	
2.2.1 Ghiberti y Las Puertas del Paraíso	
2.2.2 Donatello y el nacimiento de un nuevo público escultórico	
2.3 La pintura en Florencia en el siglo XV	
2.3.1 Masaccio, Uccello, Piero della Francesca y una nueva visión de la perspectiva	
2.3.2 Sandro Botticelli: entre lo sagrado y lo profano	
2.3.3 Andrea Mantegna: un artista del norte	
2.4 La arquitectura en Florencia en el siglo XV	
2.4.1 Filippo Brunelleschi: entre el constructor medieval y el diseñador moderno	
2.4.2 Leon Battista Alberti: teoría y práctica de la arquitectura	
2.4.3 Una nueva tipología: el palacio florentino	
2.4.3.1 Los palacios en Florencia en los siglos XIII y XIV	
2.4.3.2 Los palacios en Florencia en el siglo XV	
2.4.3.3 Arquitectura y paisaje: las villas de los Medici en los alrededores de Florencia	
2.4.3.4 Un caso de villa posterior cerca de Florencia: la Villa Gamberaia	
2.5 El Renacimiento en Flandes	
2.5.1 Jan Van Eyck y la percepción de la realidad	
2.5.2 Los sueños de El Bosco	
2.6 Comentario crítico: <i>Tremendum et Fascinans</i>	

CAPÍTULO III **El Cinquecento**

99

- 3.1 Contexto histórico y cultural
- 3.2 Pintura, escultura y arquitectura en la primera mitad del siglo XVI: los principales centros culturales (Milán, Florencia y Roma)
 - 3.2.1 Leonardo da Vinci
 - 3.2.2 Miguel Ángel Buonarroti y la emancipación del artista
 - 3.2.3 Rafael Sanzio
 - 3.2.4 Donato Bramante
- 3.3 Miguel Ángel: entre escultor y arquitecto
- 3.4 El manierismo: una reacción hacia el clasicismo
 - 3.4.1 Dos pintores manieristas: Tintoretto y El Greco
 - 3.4.1.1 Tintoretto
 - 3.4.1.2 Domenico Theotocopoulos, El Greco
- 3.5 La escuela veneciana en el siglo XVI: el nacimiento de una nueva sensualidad
 - 3.5.1 La pintura: Giorgione y Tiziano
 - 3.5.1.1 Giorgione
 - 3.5.1.2 Tiziano
 - 3.5.2 La arquitectura: Palladio y las villas
- 3.6 Comentario crítico: El cielo y el arte, el nuevo dominio del papado

CAPÍTULO IV **El Barroco**

137

- 4.1 Antecedentes: contexto histórico y cultural
- 4.2 La pintura en Italia
 - 4.2.1 Caravaggio
 - 4.2.2 Artemisia Gentileschi: libertad y dolor
- 4.3 El manejo de la forma tridimensional y el espacio: escultura y arquitectura
 - 4.3.1 Bernini, Borromini y Guarino Guarini
- 4.4 Algunas manifestaciones del Barroco fuera de Italia
 - 4.4.1 Un ejemplo del Barroco en España: la pintura de Velázquez
 - 4.4.2 Tres ejemplos del Barroco en los Países Bajos: Rubens, Rembrandt y Vermeer
 - 4.4.2.1 Peter Paul Rubens
 - 4.4.2.2 Rembrandt Van Rijn
 - 4.4.2.3 Johannes Vermeer
- 4.5 Comentario crítico: La derrota del ideal caballeresco, el Quijote como parodia de un mundo literario

Textos por autor

169

Ilustradores

171

PRÓLOGO

En el fondo, la nostalgia impulsa a reescribir la historia. La Biblia, por ejemplo, es fruto de la nostalgia por el Edén. Y este libro es acerca de esa nostalgia por una época en la que el hombre parecía haber restituido el Paraíso, y alcanzado el mayor desarrollo de sus talentos.

En la memoria puede cotejarse, sin embargo, el carácter contrario de ambos periodos. Mientras en uno, el hombre apareció en el jardín del Edén graciosamente, en el otro, fue fabricando un paraíso de valores, siguiendo un trabajoso proceso para el que se valió, principalmente, de tres factores: observación admirada de la naturaleza y la historia, rigor perfeccionista y plenitud de la pasión.

Fue una época de gigantes. Si bien este libro se ocupa únicamente de los que gravitaron en el arte, la cultura y la arquitectura, recordemos que en esos mismos tiempos sucedieron algunas de las mayores hazañas de la aventura humana.

Colón, por ejemplo, hizo sus viajes y descubrió América, y muchos otros acontecimientos portentosos pusieron en evidencia que la osadía del hombre empezaba a superar todos sus límites.

Uno de los personajes más representativos de ello fue el capitán portugués Fernando de Magallanes. En una época de navegantes, Magallanes fue el más intrépido de todos y la epopeya de su vida la más prodigiosa. Circunnavegó el globo terráqueo desafiando con pericia –aunque no siempre con acierto– los resquicios más complejos de la geografía universal. De él se ha dicho, con veracidad, que no fue el hombre más sabio de su tiempo pues, en ese terreno, lo superaba Erasmo de Rotterdam. Tampoco el más talentoso pues, en ese otro, Leonardo da Vinci era mayor. Magallanes, sin embargo, cumplió su propio sueño infantil: ser el más valiente, el héroe de su tiempo que dejó tras de sí la estela de una leyenda. Se atrevió a enfrentar los mayores desafíos, y también los más inverosímiles.

Confundimos con frecuencia heroísmo con coraje físico, ha dicho William Manchester. No son lo mismo. El héroe actúa solo, sin necesidad de aliento alguno, apoyado únicamente en su convicción y fuerza interior. No lo amilana la vergüenza, tampoco la murmuración. La aprobación de los demás, mantener la buena reputación, amasar una fortuna y aun el propio amor, le son indiferentes. Solo siente fidelidad con su propio sentido del honor. Ante él no hay juicios ajenos que cuenten. Rochefoucauld escribió que Magallanes hizo sin testigos lo que cualquier persona de talla solo sería capaz de hacer delante de todos. Guiado por una misteriosa brújula interior, siguió su visión con tenacidad y con un pensamiento fijo que no pudo ser afectado ni por el rechazo, ni por la derrota, ni siquiera por el peligro inminente de morir.

Esta es la época en la que transcurre este libro. Un tiempo en que la humanidad estuvo integrada por colosos que ahora echamos tanto de menos. Sentir nostalgia puede llegar a ser intrascendente, si no se emplea para despertar, en cada nuevo lector, un deseo que lo incentive a vivir con la misma vibración del pasado que le suscita nostalgia. Para eso, también, se escriben los libros y por eso abrimos ilusionados las páginas de este, que promete transportarnos del ocaso al amanecer.

MIGUEL CRUCHAGA BELAUNDE

DECANO DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA DE LA UPC

AUTORES

Liliana Checa

Bachelor y *Master of Arts* por la Universidad de Nueva York (NYU). *Master of Philosophy* por el King's College de la Universidad de Londres. Ha ejercido la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú entre 1985 y 2004, y en la Escuela Superior de Arte Corriente Alterna entre 1985 y 1987. Ha publicado en el Fondo Editorial de la PUCP y en el Fondo Editorial de la UPC, en *El Dominical* de *El Comercio*, y en los diarios *El Mundo* y la revista *Oiga*, en la que tuvo a su cargo una columna en la sección cultural. Desde 1995 es docente de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) y desde 2002 de la Facultad de Arquitectura.

Sergio Dextre

Filósofo y comunicador social; ha ejercido la docencia en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes y en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es miembro del comité editorial de la revista de humanidades *Studia Limensia*. Desde 1994 es profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

Luis Villacorta

Estudió en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Ingeniería en Lima. Siguió estudios en la Università degli Studi di Roma La Sapienza, en Roma, y en la Universitat Politècnica de Catalunya en Barcelona. Ha participado en congresos y dado conferencias sobre arquitectura peruana en diversas universidades en el Perú y en el extranjero. Ha publicado artículos sobre arquitectura en revistas y otras publicaciones especializadas a nivel nacional e internacional. Actualmente se desempeña como profesor a tiempo completo en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

COLABORADOR

Max Moya

Max Moya obtuvo el Bachillerato Internacional en el Markham College en Lima, en 2002. Estudia en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) y ha llevado algunos cursos en la Facultad de Ciencias de la Comunicación. Ha cursado el Programa de Verano de la *Architectural Association* de Londres, en 2005. Esta es su primera intervención en una publicación.

CAPÍTULO I

Italia a fines de la Edad Media: los siglos XIII y XIV

1.1 Contexto histórico: Italia central

Los primeros pobladores de la Italia central fueron los etruscos, llamados también “gente del mar” por sus condiciones de grandes navegantes. Descendientes de la tribu de los pelasgos, provenían de Iliria en Asia Menor, desde donde parecen haber llegado a las costas del mar Tirreno y al valle del río Po. En muy poco tiempo lograron asentarse en Toscana y Umbría, amurallando sus ciudades y desarrollando un arte funerario muy fecundo, que convertiría a la región en la cuna de la civilización de la península.

Conocidos por los griegos como los *tyrrhenoi*, trabajaban el metal y la cerámica y eran, asimismo, agricultores y comerciantes que intercambiaban productos con los pobladores de las ciudades griegas del sur de la península itálica. Su avance hacia el sur los llevaría a Roma, de la que toman control hasta que en el año 507 a.C. surge la República. A partir de ese momento, y hasta el año 273 a.C., Roma iría conquistando uno a uno sus poblados absorbiendo, así, su legado cultural, lo cual sin duda contribuiría considerablemente al milagro renacentista.

En los siglos siguientes, Roma atravesaría periodos de gloria militar y cultural, que se acabarían con las sucesivas invasiones de los bárbaros del norte. Aquello desencadenaría la caída y desintegración del imperio.

El emperador Diocleciano (245-316 d.C.), conciente de que Roma no podía seguir siendo la capital por estar muy alejada de las fronteras orientales, divide el imperio. Su más grande sucesor, el emperador Constantino (288-337), introduce dos grandes innovaciones: en el año 313, a través del Edicto de Milán, autoriza la libertad de culto y traslada la capital a Bizancio, que posteriormente sería llamada Constantinopla, en el año 330. Si bien el Estado adopta al cristianismo como religión oficial, las razones son más políticas que religiosas, por lo que el imperio se cristianiza paulatinamente.

Cuando en el año 395 el emperador Teodosio (347-395) divide el imperio entre sus dos hijos, dándole a Arcadio la parte oriental y a Honorio la parte occidental, en realidad ya hacía mucho tiempo que estaba dividido.

La capital del imperio de Occidente se traslada a Ravena y los ataques de las tribus bárbaras del norte, que se habían iniciado en el siglo II d.C., se redoblan sobre la península itálica y las Galias. En el año 410 los visigodos, conducidos por su rey Alarico I (340-410), saquean Roma¹. Dirigidos por su rey Atila, en el año 452, los hunos de Mongolia entran a la península y, a pesar de retirarse pronto, hacen inminente la desintegración y caída del ya desgastado imperio. Las posibilidades de integración del mundo bárbaro y el romano se frustran en definitiva a partir de la llegada de la tribu de Atila.

Uno tras otro se suceden emperadores efímeros, el último de los cuales, irónicamente, lleva el nombre del fundador de Roma y del primer emperador: Romulo Augustus. En el año 476 el imperio cae definitivamente cuando Odoacro (hacia 433-493), rey de los hérulos, lo invade, iniciándose así la Edad Media. Odoacro reina en Ravena hasta que en el año 493 es derrotado por Teodorico, rey de los ostrogodos.

El imperio de Oriente, por su parte, resistiría largos siglos las amenazas de bárbaros y persas. La concentración del poder religioso y estatal –el cesaro-papismo– en manos del emperador, contribuye a la perduración del imperio. Bizancio alcanza su mayor apogeo durante el reinado de Justiniano I y su caída solo se produce en 1453 cuando Constantinopla cae bajo el poder de los turcos otomanos.

¹ La muerte sorprende al legendario rey poco después. Para evitar que su cadáver pueda ser profanado, sus hombres fieles desvían el cauce de un río para enterrarlo debajo. Luego asesinan a todos los que participaron en la hazaña.

La posible reunificación del imperio, a la que había aspirado el emperador Justiniano I (527-565) al reconquistar Ravena gracias a su general Belisario, se frustra con la invasión de la península por los lombardos, otra tribu germana que en el año 568 se instala al norte en la región que ahora lleva su nombre. Durante un tiempo los emperadores bizantinos tratan de ejercer algún control en las costas del mar Adriático, hasta que en el año 751 el rey lombardo Aistolfo conquista Ravena. Dos años después, cuando Roma se ve amenazada, el papa Esteban II (752-757) atraviesa los Alpes hasta Saint Denis donde, a cambio de protección contra los lombardos, corona a Pipino el Breve como rey de los francos. Poco después, los lombardos son derrotados y obligados a devolverle al papado aquellas tierras que habían arrebatado a la Iglesia y que desde entonces se conocerían como los Estados Papales.

A la muerte de Pipino III el Breve (714-768), Carlomagno (hacia 742-814) y su hermano Carlomán (751-771) ascienden al trono, y, al morir este último, Carlomagno es nombrado único rey. En el año 800 el papa León III lo corona emperador augusto de lo que se conocería como el Sacro Imperio Romano Germánico. Carlomagno propiciaría no solo un renacimiento cultural fundando bibliotecas y escuelas, unificando y ordenando las leyes de los pueblos bajo su mando, e impulsando la construcción de monasterios, sino que también se dedicaría a expandir su territorio luchando a lo largo de 33 años contra los árabes y los sajones.

Entretanto, los árabes habían logrado entrar a la Península Ibérica en el año 711, donde permanecerían hasta 1492, derrotando al último rey visigodo, don Rodrigo. La reconquista se inició en Asturias bajo el mando de don Pelayo, vencedor de la Batalla de Covadonga en el año 718. En el año 732 los árabes habían intentado entrar a Francia pero el abuelo de Carlomagno, Carlos Martel (hacia 688-741), los detuvo en la Batalla de Poitiers.

Poco a poco la situación en Europa se estabiliza. Los reinos bárbaros se consolidan desarrollando una vida económica independiente así como el feudalismo, organización social en torno al poder de los señores feudales dueños de las tierras. Dicha estructura se convierte en el modo predominante de producción de la Alta Edad Media.

En un contexto de gran inestabilidad social, las órdenes monásticas contribuyen a consolidar el poder de la Iglesia y la fe religiosa se expande a través de los peregrinajes. Las rutas más frecuentes, donde se veneraban reliquias y tumbas, eran las de Jerusalén y Tierra Santa, Mont Saint Michel en la Normandía, Roma, y Santiago de Compostela, al norte de la Península Ibérica. A lo largo de estas rutas nace una arquitectura civil y religiosa que se conocería como “románica”.

Los monasterios, que habían experimentado un auge a partir del impulso de Carlomagno, se convierten en lugares donde se preserva la cultura y el conocimiento a través de los manuscritos que ahí se escriben y conservan, convirtiéndose en los primeros centros de formación de occidente. Regidos por la regla de San Benito de Nursia (480-547), considerado el patriarca del monaquismo occidental y fundador de la orden benedictina, los monjes viven una vida de reclusión dedicados al trabajo manual e intelectual y a la oración.

Con el pasar del tiempo y el enriquecimiento de los monasterios, debido al ingreso de grandes señores feudales a la vida monacal, los votos de pobreza, castidad y obediencia –impuestos por la regla de San Benito–, dejan de cumplirse. Es así que comienza a surgir una rivalidad entre los monasterios, los cuales compiten por ostentación y poder.

Estos cambios se reflejan en la arquitectura, que deja de ser sobria, para dar lugar a un estilo grandioso, sinónimo de la supremacía económica de la abadía. Es bajo estas circunstancias que los religiosos de la orden cisterciense, a través de la figura del abad Suger (1081-1151), proponen el desarrollo de un nuevo estilo que ya no conceda importancia a la decoración, sino a los principios estrictamente arquitectónicos. Al ser nombrado abad de Saint Denis, Suger había conseguido renovar el coro de la abadía –destruido en un incendio– haciendo uso de grandes vidrieras verticales y de un arco ojival, inspirado en los árboles de la Floresta, consolidando así el nacimiento del gótico.

Amigo de la infancia del rey Luis VI, y posteriormente confesor y confidente del sucesor de este, el abad Suger se queda a cargo del reino cuando Luis VII y su esposa parten a la Segunda Cruzada (1147-1149). Suger no solamente crea el estilo, sino que a través de su orden se encarga también de difundirlo. Mientras el románico se había considerado como un arte rural practicado por los monjes, el gótico era un arte burgués, pues su desarrollo coincide con el nacimiento de las primeras ciudades; y catedralicio por excelencia, ya que la mejor expresión de este estilo son las catedrales que se construyen en toda Europa. Los señores feudales se trasladan a las ciudades y con ellos surge una vida alrededor de la catedral, que les permite comercializar los productos de sus tierras.

Ya en el siglo XI habían comenzado a surgir en la península itálica pequeñas repúblicas marineras como Venecia, Pisa, Amalfi y Génova, que marcan su distancia e independencia respecto de los señores feudales. En el siglo siguiente nacen otros territorios libres como Milán, Lucca, Florencia y Verona, apoyados en el equilibrio de fuerzas del comercio y la industria. Poco a poco la burguesía irá consolidando su autoridad y acabará por encargar el mando a un déspota, miembro de la clase que ostenta el poder económico. En Ferrara gobiernan los Este; en Mantua, los Gonzaga; en Milán, los representantes del emperador como los Visconti y, posteriormente, los Sforza, sus sucesores. Los Riario y los Farnese, familias poderosas gracias a su parentesco con el Papa,

gobiernan Forlì y Parma, respectivamente. En otras ciudades el poder está en manos de familias distinguidas como los Medici en Florencia, los Bentivoglio en Boloña o los Baglioni en Perugia.

Entretanto, hacia 1220, se crean en Padua, Oxford y París las primeras universidades, mientras los reyes participan en las Cruzadas para recuperar Tierra Santa. El *Trecento* y el *Quattrocento* estarían marcados por un contraste entre un desarrollo cultural inusitado, tanto en las letras como en el arte y arquitectura, y catástrofes naturales y epidemias que habrían de acabar con gran parte de la población europea.

1.2 Transición del medioevo al Renacimiento: impacto de las órdenes mendicantes

Muchos historiadores establecen que la toma de Constantinopla, a manos de los turcos mahometanos (1453), marca el final de la época medieval y da paso al periodo moderno. Sin embargo, esta cronología oculta en gran medida la real influencia que el medioevo ejerció sobre la etapa posterior, la Edad Moderna, y también el hecho de que fuera un poderoso intermediario de la cultura helénica de finales del siglo II d.C.

En efecto, fue el clasicismo italiano del siglo XVI el que creó el mito del oscurantismo del periodo medieval. Este descrédito se extendió al término “escolástica”², palabra con la que se identificó al medioevo fundiendo, así, una etapa histórica mal entendida con el desarrollo de una concepción filosófica. Para el gusto refinado del clasicismo, la Edad Media constituía un intervalo entre dos épocas de grandes aportes: la Edad Antigua grecorromana y la Edad Moderna.

Hoy en día, sin embargo, gracias a los eruditos aportes de autores como Gilson, De Wulf, Mandonnet, entre otros, el periodo medieval ha cobrado gran interés para los estudiosos de la cultura occidental. Se ha podido comprobar que la Edad Media significó un periodo crítico de síntesis culturales en las que se mezclaron concepciones filosóficas, géneros literarios en transición y originales perspectivas estéticas; todo esto en el crisol de un cristianismo en formación que paulatinamente integró la Revelación y la filosofía pagana para dar forma y sentido histórico a una nueva concepción sobre Dios, el hombre y el mundo. El clasicismo interpretó ese largo periodo de transición entre los finales de la Edad Antigua y la Edad Moderna como un periodo de oscurantismo, cuya duración habría sido de aproximadamente mil años.

La leyenda de una “noche de los mil años” muestra un gran desconocimiento sobre el sentido mismo del periodo moderno. En efecto, es posible establecer que la expresión “de mil años” pudiera haber sido una espontánea adaptación del milenarismo medieval, según el cual en el año mil de la era cristiana se produciría un cambio radical del mundo. Por otro lado, el clasicismo sólo reconoció la importancia del medioevo en la fase de desarrollo posterior al siglo XIII y, aun así, lo consideró una época vulgar que estaba sujeta al dogma teológico y el poder papal, la filosofía y la ciencia; peor aún, una época donde el intelecto se había esclavizado a la filosofía aristotélica. Estos rasgos sirven para mostrar que los autores del siglo XVI no conocieron sino una etapa del pensamiento medieval, precisamente aquella en la que domina la gran obra de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), quien dio inicio a la primera filosofía autónoma en el ámbito del cristianismo occidental³. Esta concepción, que partía de un fundamento eminentemente teológico, integraba a la reflexión filosófica los aportes del realismo aristotélico. Así, para los autores del siglo XVI, el periodo medieval se identificó exclusivamente con la producción intelectual de la síntesis aristotélico-tomista. Esa visión del medioevo está presente incluso en los autores del siglo XIX, como Jules Michelet, en cuya peculiar obra *La bruja*, todavía se puede leer:

“Desde entonces una inmensa niebla, una pesada niebla gris plomo ha inundado este mundo. Durante mil años, diez siglos enteros, una laxitud, desconocida en cualquier época anterior, oprimió a la Edad Media, incluso en sus últimos tiempos, dejándola reducida a un estado desolador, terrible, a mitad de camino entre la vigilia y el sueño, entre el bostezo y el aburrimiento”. (Michelet 1987: 58)

Si bien es cierto que el rasgo que caracterizó al medioevo fue la primacía de una concepción teocéntrica, el posterior despertar del racionalismo antropocéntrico desde el siglo XV no constituyó una oposición, sino más bien un complemento. Y ese complemento se extendió a la totalidad de los ideales artísticos, en cuyo sustrato gravitó la dimensión humana con un carácter divino. Así, los ideales del racionalismo antropocéntrico se hacían herederos, no de la mentalidad grecorromana libre de los confusos y agobiantes parámetros del cristianismo, sino de las síntesis ideológicas que el cristianismo medieval forjó en siglos de integración con el mundo antiguo. Paralelamente, dichos ideales irían estructurando el gran legado de la cultura cristiana occidental.

2 La palabra “escolástico” definía originalmente al maestro instruido y culto que enseñaba el trivio (gramática, retórica y dialéctica) y el cuadrivio (aritmética, geometría, música y astronomía).

3 Cfr. Heinzmann 1995: 306.

Esta continuidad se pone de manifiesto claramente en la influencia que las órdenes mendicantes ejercieron sobre el humanismo y, por extensión, sobre el pensamiento moderno; particularmente en lo referido al ideal de pobreza unido a la concepción de un retorno al orden natural del mundo (al primigenio diálogo del ser humano con Dios a través de sus criaturas), que llevaría al reconocimiento de la propia identidad del hombre. Como señala Raymond Bayer, la continuidad entre los poetas San Francisco de Asís y Boccaccio, de los siglos XIII y XIV, respectivamente, es patente respecto al modo de considerar el sentido de la naturaleza; precisamente, porque ese periodo de transición deja como un legado inalienable la necesidad de construir un equilibrio profundo entre las imperfecciones humanas y el orden perfecto de la naturaleza, viciado y corrompido por la mano del hombre⁴.

Fundados a comienzos del siglo XII, estos movimientos fueron en parte espontáneos y en parte conscientes de su rol histórico, y también respondían a las necesidades de la nueva coyuntura. Destaca entre las órdenes mendicantes la figura de San Francisco de Asís (1182-1226), hijo de un rico comerciante textil, y educado en la tradición caballeresca, quien abandonó la herencia paterna para dedicarse a vivir en estricta pobreza, paz y pureza, según las normas del Evangelio. Aunque en sus inicios San Francisco se inclinó hacia la vida eremítica, el impacto de su peculiar personalidad pronto le proporcionó muchos seguidores: hombres de todo estrato social, entre ellos, ricos comerciantes e incluso nobles. Nació así la Orden de los Frailes Menores, conocidos como “franciscanos”. Su actividad, sin embargo, estuvo orientada a los pobladores de las ciudades, pues estas se habían convertido en los centros de convergencia social de la que dependería la clase campesina, que contaba cada vez con más fuerza. Aunque en vida San Francisco tuvo que lidiar con las contradicciones del poder temporal, y tuvo también que ver cómo su orden se convertía en una estructura más del sistema, su influencia personal marcaría a la cristiandad latina reformando los ideales de la vida religiosa.

La otra poderosa corriente mendicante, la Orden de los Predicadores, cuyos miembros fueron llamados “dominicos”, surgiría como un consciente contrapeso a los movimientos heréticos del siglo XII, y se caracterizó por una estricta espiritualidad intelectual y moral que estuvo en condiciones de reivindicar el sano sentido de la cristiandad. Su fundador, de origen español, fue Domingo de Guzmán (1170-1221) quien, a diferencia de San Francisco, poseía una sólida formación teológica. Este religioso funda su orden con la finalidad de combatir, mediante el intelecto y el ejemplo, las corrientes heréticas que por entonces amenazaban la estabilidad del cristianismo; concretamente, la herejía albigena. Su postura frente a la pobreza, motivo principal de las críticas a la jerarquía y autoridad pontificias, admitía la posesión de bienes solamente cuando estos fueran útiles para facilitar la vida pastoral. Con ello los dominicos sientan las bases para una transformación del sentido de la propiedad y la representación política del mundo medieval.

El ideal de la pobreza material es el punto culminante del proceso de transformación de la sociedad feudal hacia comienzos del siglo XI. La población en Francia y Alemania se incrementa considerablemente, lo cual propicia la expansión del comercio y, consecuentemente, de la industria. Esta, que desde el tiempo de los romanos se había desarrollado sobre la base de la producción textil, experimenta un gran impulso, afectando los cimientos de la sociedad feudal, predominantemente campesina. De ese modo, surgen los centros urbanos alrededor de una industria cada vez más pujante. Como consecuencia de este fenómeno, la riqueza se incrementará, elevando la calidad de vida, y dando paso a una concentración de población en los centros urbanos. Ahora el campesino, habituado al hierático sistema social y económico del feudo, podía expandir sus aspiraciones de independencia material sin las restricciones ni extorsiones a las que era sometido en los feudos.

La posterior coyuntura de las Cruzadas en tierras de “infieles” amplía aún más el mercado y la industria, momento histórico en que la Europa medieval experimenta la adquisición de un capital nunca antes imaginado. Como señala Cohn, el valle del Rin dominó el comercio del norte de Europa, extendiendo su mercado incluso hasta oriente⁵. Europa adquiriría una nueva visión de la economía y, con ello, nuevas necesidades que irrumpieron en el imaginario del hombre medieval. Y aunque el sueño de abundancia se expandió rápidamente a los diferentes estratos sociales, no sucedería lo mismo con la distribución efectiva de riqueza, que siguió favoreciendo a la nobleza, al clero y a la reciente clase de comerciantes⁶. Es en este punto en el que surgirán las diferentes reacciones contra la jerarquía eclesiástica.

El modelo monástico del cristianismo se fundaba en el principio *dominium et dominatus*, es decir, en la autoridad política irrestricta sobre la posesión de las tierras que, hacia el siglo XII, va a generar una serie de reacciones contra la propiedad eclesiástica, como el surgimiento de diferentes corrientes heréticas a favor de la pobreza, cuyo ejemplo más notorio lo constituye el movimiento de los valdenses. Estos, también llamados “cátaros” o “albigenses”, constituyeron una importante resistencia al poder de la jerarquía romana desde

⁴ Cfr. Bayer 1988: 102-104.

⁵ Cfr. Cohn 1989: 53-57.

⁶ Aunque ya desde el año 1000 ciudades italianas como Venecia, Florencia y Siena comienzan a desarrollar un sistema de comercio que habrá de configurar el mercantilismo europeo de los siglos siguientes.

comienzos del siglo XII, inspirados por el rico mercader Pedro Valdo, quien abandonó su fortuna para dedicarse al sostenimiento de los menesterosos, agrupando en torno suyo a los llamados “pobres de Lyon”. Este movimiento, pese a su excomunión en el año 1185, siguió activo desde la región de Albi, en Francia, hasta el norte de Italia –particularmente en la región de Umbria y la Toscana⁷–, produciendo al interior de la Iglesia romana un movimiento reformista que tuvo dos frentes: el primero, notoriamente represivo contra los opositores a la autoridad eclesiástica y el segundo, dedicado a la formación de las órdenes mendicantes.

Las órdenes mendicantes surgieron en una coyuntura socioeconómica nueva de la Europa medieval, que consolida el urbanismo con la creciente expansión del capital. Es así que el ideal de pobreza se transforma en un poderoso contrapeso al ascenso urbano de la nueva clase de ricos comerciantes y, en ocasiones, dicho ideal se convierte en una furiosa crítica contra la adopción de elevados estándares de vida de los nobles y de la jerarquía eclesiástica. En efecto, el naturalismo de las órdenes mendicantes exigía una vuelta al orden establecido por Dios, a los ideales de justicia y vida comunitaria, al reordenamiento de la autoridad que era el reflejo de la jerarquía celestial.

Se pueden apreciar en las expresiones de la arquitectura gótica, particularmente en la catedral, las características de un arte urbano y burgués que se ajustó, en gran medida, a los ideales de las órdenes mendicantes. El diseño se centra no solo en el aspecto del culto, sino también en el aspecto ornamental, que coincide con el estilo escultórico del gótico, cuya finalidad era principalmente la instrucción y sociabilidad de la comunidad. La catedral podía acoger a la población de una ciudad y, en ese sentido, reemplazar al templo, al foro e incluso al antiguo circo. De este modo, se creaba un espacio donde se daba cabida al sermón, al coro, a las procesiones y los dramas religiosos. Y fueron precisamente las órdenes mendicantes las que promovieron estas actividades pastorales, sirviendo, unas veces, de intermediarios entre los poderes eclesiástico y civil y, otras, como defensa contra las herejías de su tiempo. Aquello creaba las bases para los cambios radicales que se dieron en la concepción del hombre y el arte del periodo moderno.

1.3 Florencia, ciudad de artistas

Tradicionalmente, se ha considerado a Florencia como territorio etrusco. Sin embargo, descubrimientos recientes tienden a considerarla como una ciudad romana fundada en el 59 a.C., año en que Julio César (100-44 a.C.) es nombrado cónsul. *Florentia* (“ciudad floreciente”) tardaría algunos siglos en hacer honor a su nombre y convertirse en una de las ciudades más prósperas y de vida cultural más sólidas de Europa. Poco queda hoy de esta ciudad romana, con excepción de los capiteles corintios usados en la iglesia de San Miniato al Monte o de algunas piedras que sirvieron en edificios posteriores. El propio baptisterio de San Juan, del que se pensó que podía ser un templo romano dedicado al dios Marte –para conmemorar la batalla de Florencia contra el poblado etrusco de Fiesole–, es una construcción románica iniciada hacia el siglo VII. Con la paulatina invasión de las tribus bárbaras al imperio, la población de Florencia descendió de diez mil habitantes en el siglo II, a dos mil en el siglo VI.

En el año 774 Carlomagno la integra al margraviato de Toscana. Hacia el año 1000 el margrave, representante del emperador, traslada su residencia de Lucca a Florencia, dando inicio a un florecimiento arquitectónico que posteriormente la convertiría en la cuna del Renacimiento. Los años siguientes estarían teñidos por enfrentamientos entre la autoridad papal y la imperial. Aquello se conocería en la historia como la Querella de las Investiduras. En la lucha contra el poder y la ostentación creciente de las autoridades religiosas destacan dos nombres: el del gran reformador de la Iglesia, el papa Gregorio VII⁸ (1020-1085), y el de la condesa Matilda de Toscana (1046-1115), reverenciada en Florencia.

Es en el castillo de la condesa, en Canossa, donde el emperador Enrique IV se somete al poder del papa. La condesa es, sin duda, responsable de preparar el camino para la independencia de Florencia. Por iniciativa suya se eligen doce cónsules entre la nobleza y la burguesía acaudalada para integrar el Consejo de los Ciento, que participaría en las grandes decisiones políticas. Florencia contrarresta esta controvertida elección de los cónsules a través de la figura del *podestà*, un invitado extranjero que ejerce el poder político con más imparcialidad que las familias locales. Sin embargo, la paz no duraría y se producirían sucesivas luchas entre los guibelinos, partidarios del emperador y descendientes de los señores feudales, y los güelfos, que apoyan al papa. Dichos enfrentamientos habrían de convulsionar a Florencia a lo largo del siglo XIII.

1.3.1 Antecedentes: Florencia en el siglo XIV

Hacia mediados del siglo XIII había en la ciudad alrededor de 170 torres pertenecientes a las familias poderosas, las cuales serían destruidas en los constantes enfrentamientos entre los güelfos y los guibelinos. Las hostilidades

⁷ Cfr. Heers 1979: 159-166.

⁸ Gregorio VII ejerció el papado entre los años 1073 y 1085.

finalizarían temporalmente con el regreso de los güelfos, quienes habían sido desterrados fuera de la ciudad y acogidos en una ciudad vecina conocida como la “ciudad de la Virgen”: Siena. Este sería el punto de partida para la rivalidad enraizada entre Florencia y Siena, la cual habría de durar varios siglos.

El gobierno güelfo de 1250 nombra a un *capitano del popolo*, un forastero neutral que, junto con el *podestà*, debía contribuir a mantener el orden en la ciudad.

Este primer gobierno democrático, el *Primo Popolo*, ejerce el poder a través de los gremios de comerciantes y mercaderes de especias, sedas, tintes y, fundamentalmente, lanas. Los florentinos habían importado lanas del norte de Europa desde el siglo XI, que refinaban, teñían y trabajaban en sus talleres, convirtiendo a sus tejidos en los más cotizados del continente. El secreto radicaba en la técnica del teñido. Algunos tintes eran locales, como los amarillos que provenían de San Gimignano, pero los ingredientes de otros venían de más lejos. La cochinilla se hacía con unos insectos de la costa mediterránea y el bermellón con el cinabrio de Tierra Santa. El jugo de la salvia, que era usado para fijar los tintes, venía de Alejandría o de Levante. Se calcula que, hasta antes de la peste negra, treinta mil personas trabajaban en esta industria. Esto explica la importancia y el prestigio del gremio *Arte della Lana* que, junto con el de los comerciantes o *Arte di Calimala*, jugaría un rol decisivo en el embellecimiento de la ciudad en el futuro. Junto a los tejidos, los florentinos exportaban vinos, aceite, madera, granos y ganado.

Otro gremio importante es el de la banca o *Arte del Cambio*, el cual consolidaría su prestigio cuando en 1252 acuña su primera moneda, el florín de oro, que se convertiría en la moneda más sólida y estable del continente.

La banca, en manos de las familias que ostentan el poder económico de la ciudad –los Peruzzi, los Bardi, los Strozzi, entre otras–, juega un rol primordial en la consolidación del comercio, pues no solo financia a sus clientes inversionistas, sino que asegura su mercadería.

A este florecimiento económico se debe, probablemente, las ansias expansionistas de Florencia, que se enfrenta sucesivamente a Pisa, Fiesole y Siena. Bajo el gobierno güelfo, organizado ya en un partido, Florencia prospera económica y culturalmente. A instancias de los nuevos papas, Gregorio X⁹ (hacia 1210-1276) y Nicolás III¹⁰ (hacia 1225-1280), regresan algunos guibelinos. Al haber perdido fuerza en el exilio, dejan de ser una amenaza para el partido güelfo que, a su vez, iría perdiendo autoridad frente al creciente poder de los gremios o *arti*. Había en ese entonces en Florencia siete gremios mayores y muchos menores. El que gozaba de más prestigio era el de los abogados y notarios, seguido por los de las industrias más prósperas: la lana, la seda y los textiles. Entre los más importantes estaba también el de los médicos y apotecarios¹¹, encargado de comercializar las medicinas, tintes, pigmentos y especias. A este también pertenecían ciertos artesanos y artistas, a su vez clientes del mismo. Los gremios eran un medio para acceder a ciertos privilegios cercanos al poder. Los de arte mayor ejercían sus derechos nombrando representantes, llamados *priori*, quienes ejercían el cargo por dos meses, al cabo de los cuales nombraban un sucesor. Es en este contexto en que se promulgan las ordenanzas de justicia, que sirven de base para la nueva Constitución y el nombramiento de un *priore mayor*, el *gonfaloniere di giustizia*, portador del estandarte de la ciudad (*gonfalone*) y, en consecuencia, su magistrado jefe. Si bien logran contrarrestar el poder de los antiguos señores feudales, desencadenan un enfrentamiento entre los *popolani*, las familias tradicionales florentinas, y los *grandi* o *magnate*, acaudaladas familias locales impedidas de ejercer cargos públicos.

Las rivalidades entre güelfos y guibelinos se ven reemplazadas por los enfrentamientos entre los miembros o aliados de dos familias poderosas: por un lado los Cerchi, conocidos como “Blancos”, y por otro, los miembros del clan *Donati*, llamados “Negros”. Las disputas son agudizadas por el papa Bonifacio VIII (hacia 1240-1303¹²), cuya intención es incorporar Toscana a los Estados Pontificios. Charles de Valois, enviado del papa, no logra inclinar pacíficamente la balanza a favor de los Negros y una rebelión sangrienta culmina con el exilio o asesinato de los Blancos, que a su vez buscan el respaldo de los guibelinos. Entre los Blancos exiliados está Dante Alighieri (1265-1321), cuyos aportes literarios otorgarían a Florencia gran gloria cultural.

Mientras tanto, Enrique VII (hacia 1269-1311), conde de Luxemburgo coronado emperador en 1311, es bien aceptado tanto en Piamonte y Lombardía como en Aviñón, adonde el papa Clemente V¹³ (1260-1314) acababa de trasladar su residencia. Florencia se enfrenta abiertamente al emperador, con lo que la esperanza de los Blancos exiliados se desvanece rápidamente. La muerte de Enrique VII libera a Florencia del enfrentamiento, pero esta tiene que defenderse de los ataques de caudillos ambiciosos que intentan someter a Pisa, Lucca y Pistoia. Florencia busca la protección de Nápoles y retoma su antiguo sistema de gobierno que,

9 Gregorio X ejerció el papado de 1271 a 1276.

10 Nicolás III ejerció el papado de 1277 a 1280.

11 Durante la Edad Media y el Renacimiento se llamaba así a los boticarios.

12 Bonifacio VIII ejerció el papado entre los años 1294 y 1303.

13 Clemente V ejerció el papado entre los años 1305 y 1314.

Para poder revisar todo el contenido de esta edición,
visite nuestra **tienda virtual**.